

Reseña: El aire que nos faltó: el devenir —y no— de la mujer y la feminización del cuidado

 Claudia Pino Cominetti*

Resumen

La presente reseña aborda el tema de la feminización del cuidado desde la ficción planteada en el libro *El aire que nos faltó* de Magdalena Salazar Preece. El devenir de la mujer-madre y la falta de ese devenir en la hija son las problemáticas que se plantean en el texto. A partir de la novela se desgrana el problema de los cuidados y cómo este debe ser parte de una agenda feminista.

Palabras claves: Feminización del cuidado, Devenir de la mujer, La mujer mito, Maternidad.

Abstract

This review addresses the issue of the feminization of care from the fiction set out in the book *El aire que nos faltó* by Magdalena Salazar Preece. The becoming of the woman-mother and the lack of that becoming in the daughter are the problems raised in the text. From the novel, the problem of care is broken down and how it should be part of a feminist agenda.

Keywords: Feminization of care work, Becoming of the woman, The myth woman, Motherhood.

Fecha de recepción: Octubre 2022

Fecha de aprobación: Junio 2023

* Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile, diplomada en “Teoría y crítica de cine”, “Mediación lectora y creatividad” y “Estética, feminismo y crítica”. Email: cpinocominetti@gmail.com

Introducción a la obra y su conflicto

En abril del año 2022 el sello Emecé de Editorial Planeta lanzó como novedad el libro *El aire que nos faltó*, de Magdalena Salazar Preece. Licenciada en Literatura y Estética, tiene dos libros a su haber (*Los restos del mundo*, 2014; *Semillas mapuche*, 2016) y trabaja como editora. La autora considera que este libro aporta sensibilidad y belleza, que revaloriza lo femenino, trata del amor, la libertad, la diversidad y la naturalidad de lo sexual. «Muestra la intimidad con crudeza, pero con un lenguaje delicado que da mucha dignidad a cada personaje» (Salazar, 2022, citada en Pino, 2022), comenta.

Sin embargo, este libro aporta una discusión más importante. Lo que trae a la mesa esta novela es la construcción de la mujer dentro de la familia y el rol histórico femenino del cuidado. Del trabajo que se realiza a puertas cerradas, sin remuneración, sin publicidad, sino porque la mujer lo asume «como un compromiso moral, natural, marcado por el afecto, socialmente a un costo alto, definido como responsabilidad, tarea impuesta» (Vaquiro y Stepovich, 2010, citado en González, 2019).

El aire que nos faltó es la historia de una familia contada en cuatro voces, que aparecen en este orden: Antonio, el padre; Gracia, la hija; Juan, el hijo; e Isabel, la madre. Es una familia que se fractura al nacer Gracia, quien sufre una asfixia que la deja con secuelas graves en su desarrollo. Entonces la madre se hace cargo de las labores de cuidado, el padre es el asalariado que trabaja fuera de casa y el hijo el que queda en segundo plano por las necesidades especiales de la hermana. A través de estas cuatro voces los lectores conocen la intimidad de la familia, cada una muestra un momento, retazos de la vida que no logran conformar un tejido completo para quienes leen la obra.

«La-mujer» madre y la «no-mujer» hija

Antes de profundizar en la feminización del cuidado con estadísticas nacionales, hay que entender la relación que se da entre la madre y la hija, cuidadora y cuidada, y su

tránsito en la vida. Las dos mujeres biológicas del libro son Isabel y Gracia, en ellas se centrará la discusión que determinará el devenir mujer de cada una.

La responsabilidad de cuidadora que adquiere Isabel responde a su naturalidad en cuanto mujer, la persona que biológicamente puede engendrar, quien transitará la maternidad, criará y, cuando corresponda, cuidará¹. Isabel es madre, pero también es esposa: «Lo que constituye a una mujer es una relación social específica con un hombre, una relación que hemos llamado servidumbre, una relación que implica obligaciones personales y físicas y también económicas» (Wittig, 2006, p.43).

El personaje de Isabel responde a «la-mujer» mito que describe Monique Wittig (2006), una construcción histórica, cultural y social que se ha hecho de lo femenino, de lo natural de la mujer, de lo que debería ser. Asume ese rol como una obligación y adquiere actitud de esclava en la relación matrimonial, interioriza la dependencia del marido, y también respecto de la hija, a modo de castigo por la culpa de lo ocurrido en el nacimiento (aunque no fuera su responsabilidad). Esta actitud de esclavitud frente a la hija perjudica a Gracia y ella lo pone de manifiesto cuando escuchamos su voz. La dependencia de Isabel con Gracia no permite que esta última se independice a su vez (de Beauvoir, 2021).

Pero ¿podía Gracia independizarse en su condición? Aunque no sabemos exactamente en qué consisten estas «necesidades especiales» de la hija, sí sabemos que no puede comunicarse de forma oral, que no sabe escribir, que sus movimientos son erráticos. En las páginas donde conocemos su voz —escribe un diario, luego la madre lo encontrará y los lectores sabremos que solo tenía garabatos— se ve una mujer, sin embargo, he decidido llamarla «no-mujer». Gracia no deviene mujer, porque no puede tener las actitudes de «la-mujer» mito, dado que se la sigue viendo como una niña —o incluso un ente— hacia el exterior. Aunque demuestra deseo, interés en las acciones de otros

¹ En este ensayo cuando hable de cuidado me referiré al cuidado de personas con discapacidad, es decir, no se les cuida solo de niñas, también en su adolescencia y adultez. Aunque el cuidado de las niñas en su mayoría también recae en las mujeres, no será relevante para la discusión.

adolescentes y actitudes de una persona sin discapacidad, no le dan ni siquiera la posibilidad de desarrollarse como el resto de los adolescentes. Es desesperante para ella y para quienes la leemos, porque reconocemos una persona que ni su madre, ni quienes la rodean, ven.

El cuerpo material de Gracia es de mujer, tiene dos cromosomas X, se ve como mujer y se toca como una. La mano en contacto y movimiento con la humedad de la vulva y con la mucosa, provocan el placer que responde al deseo de la psique. Gracia, como toda adolescente, está en proceso de descubrir y entender su sexualidad y deseo. Es capaz de cerrar con un círculo ese placer, en la masturbación, en conectar cuerpo y mente para satisfacer el deseo sexual. No necesita un otro masculino. Su cuerpo, morfológicamente femenino, es suficiente. Pero, aunque mujer, no deviene en «la-mujer». En el libro la masturbación ocupa solo una media página, pero es trascendental para el camino de Gracia:

«Mi mamá me vio cuando estaba tocándome a mí misma. Ella entró a mi pieza sin avisar. Me dio vergüenza, pero le dio más a ella. Me vio, inmediatamente dejó de mirarme como si yo fuera invisible. Ya lo quisiera. Ella comenzó a guardar unas cosas en mi clóset. Yo estaba enojada, ella me atropelló y siguió su camino. Antes de salir, sin mirarme, me dijo, linda, lávese las manos (...）」 (Salazar, 2022, p. 37).

Isabel niega el deseo y el erotismo de Gracia, no solo por el pudor de hablar de sexo y masturbación con los hijos, sino porque no puede verla como mujer. La ve, en el mejor de los casos, como niña. Ser «no-mujer» no es ser hombre, Gracia reconoce lo femenino en su corporalidad material, tiene mucosa, vulva, deseo. Pero es cómo la miran y esa simbiosis con la madre, de la que no se separa, que Gracia no deviene mujer (Irigaray, 2010). A pesar de esto, aunque quienes la rodean no lo noten, ese momento es un quiebre en la hija — valgan las citas textuales para notar el cambio—:

«(...) Miré todos esos muñecos de peluche que estaban sobre mi cama y dejaron de tener valor. Salí de mi pieza, no me lavé las manos, fui a buscar una bolsa de basura, me crucé con mi mamá en el pasillo, no la miré. Cerré la puerta de mi habitación, no pude ponerle llave porque nunca la ha tenido y comencé a botar uno a uno esos peluches que mi mamá me ha ido regalando para cada cumpleaños. No quiero más esa ternura». (Salazar, 2022, pp. 37-38).

Aunque no está explícito en la novela, en ese momento Gracia debe tener entre 13 y 15 años. Es el no reconocimiento de la madre y la mirada que no le brinda² la que provoca este cambio en Gracia de niña a mujer, pero no el mito que se ha construido en la sociedad.

La autora en la novela habla de ser «traspasada por la madre», todes traspasamos a la madre en un primer parto y ella nos traspasa desde la genética. «*En el proceso de individualizarnos hay una pugna interna profunda. Necesitamos diferenciarnos, salir de ella*», agrega la autora y dice que se produce un segundo parto (Salazar, 2022, citada en Pino, 2022). Pero Gracia queda atrapada en un parto eterno, porque físicamente traspasó a la madre, pero Isabel la ha hecho depender de ella, por lo que ese segundo parto no se da.

«La-mujer» madre de la novela está esclavizada más allá de la muerte, fortuita, de Gracia. Por diez años sigue esclavizada al marido y trabaja en fundaciones hasta que decide irse del hogar. Isabel se va para dejar de ser «la-mujer» mito y simplemente ser.

Feminización del cuidado

Ahora vamos a sacar a esta familia de cuatro integrantes de la ficción a la realidad. Aunque los personajes concretos no existen, y la autora no se basó en ninguna persona en

² En el libro *No-cosas* (2021), Byung-Chul Han dice que solo en la mirada de la madre halla el niño apoyo y comunidad, en esa mirada se construye la confianza original. Gracia, al perder la mirada de la madre, deja atrás la infancia.

particular, la realidad es que este «acuerdo» sucede en la mayoría de las familias con un integrante en situación de discapacidad³.

Por los roles asociados al género en el marco tradicional de la división sexual del trabajo, le corresponde a la mujer hacer el trabajo de cuidado no remunerado (González, 2019). Siempre escuchamos que la mayoría de las personas que cuidan familiares que no son autovalentes —niños, adultos mayores y personas en situación de discapacidad— son mujeres. Pero es importante pasar del «se dice que» a la afirmación con datos concretos.

En el estudio *Feminización del cuidado y personas con discapacidad* del Servicio Nacional de la Discapacidad (Senadis) se habla de las mujeres con «pisos pegajosos», «techo de cristal» y «escaleras rotas». El primer grupo incluye mujeres de bajo nivel educacional, con baja participación en el mercado laboral y con una alta carga de trabajo doméstico no remunerado, con altas tasas de maternidad temprana y muchas veces sin red de apoyo; el segundo grupo corresponde a mujeres con una alta tasa de participación laboral, las mujeres sin ingresos de este grupo son menores al grupo anterior, su carga de trabajo doméstico es menor, lo que indicaría mayor capacidad para contratar este servicio, y suelen quedar sometidas a discriminación laboral y brechas salariales persistentes; por último, en el grupo de «escaleras rotas» se encuentran las mujeres con educación secundaria e ingresos intermedios, pueden estar insertas en el mercado laboral, pero sin redes de protección que les impidan caer a pisos pegajosos, presentan tasas relativamente altas de monoparentalidad y una alta carga de trabajo no remunerado (levemente menor a las mujeres del primer grupo), cerca de un tercio carece de ingresos propios. Cada mujer podría clasificarse en uno de estos tres grupos (González, 2019).

De acuerdo con los datos de CASEN 2017 (citado por González, 2019), el 68% de las personas identificadas como cuidadoras son mujeres. Cuando se divide por quintil, en el I el 72,6% son mujeres y va bajando hasta el quintil V con 59,1%.

³ Aplica también para hogares con niños o adultos mayores que ya no pueden valerse por sí mismos.

Otro dato que se debe destacar es: «*cuando el cuidador es la pareja o cónyuge del jefe de hogar, en el 90,5% de los casos es mujer*» (González, 2019, p. 27). Es decir, se vuelve a esa dependencia económica del marido (o conviviente) a la que la mujer está enraizada porque su carga laboral es altísima (de lunes a domingo todo el día cuando cuida en casa), pero sin remuneración alguna. Surge la esclavitud interiorizada (de Beauvoir, 2021), aunque aparentemente libre, la mujer es esclava del marido.

Cuando en un hogar hay una persona que no estudia ni trabaja, las razones para esto difieren de hombres a mujeres. Dos de las razones principales de las mujeres son que no tienen con quién dejar a los niños y por los quehaceres del hogar. Dos actividades relacionadas al «deber femenino». Mientras las razones de los hombres son que no tienen interés en trabajar u otras no especificadas (estas son las principales razones, hay un listado largo para ambos géneros). CASEN 2017 (citado por González, 2019) también indica que en el 51,4% de los hogares donde hay alguien inactivo (no estudia ni trabaja), hay una persona con discapacidad.

Por lo tanto, si volvemos a los personajes del libro, Isabel está representando a una mayoría de mujeres que dejan sus sueños, sus aspiraciones y su libertad, por cuidar de manera no remunerada, a un otre.

Hacia el «ser mujer»

«No podría internarla. Tenemos que ser nosotros. Me da terror que la maltraten»,
Ana Alzamora.

«No encargarme del cuidado de mi mamá era impensable, soy su única hija, mis hermanos trabajan en el norte», Nolvía Álvarez.

«(...) Se encuentra el sentido de la vida en el cuidado del otro, en el amor profundo hacia la persona que se asiste, aun cuando ello sea a costa del bienestar propio»,
Amanda Emeraldia.

Estas tres mujeres fueron citadas en un artículo de Revista Ya (Cea, 2022). Nadie duda de que detrás de los cuidados no remunerados existe amor. El problema es cuando el «acuerdo», al que referí entre comillas antes, no es realmente un acuerdo. Sino que pasa a ser una obligación, porque la naturaleza de la mujer es cuidar. La novela *El aire que nos faltó* es una pequeña ventana a la realidad de todos los días de cientos de miles de mujeres, solo en Chile.

Se necesita de manera urgente una política pública que reconozca el trabajo doméstico y de cuidado y se encuentre la forma de remunerar este trabajo. La problemática de los cuidados debe incluirse en las agendas feministas. Pero hace falta, sobre todo, un reordenamiento del pensamiento cultural para que esta labor deje de estar en manos de las mujeres porque es lo que se espera. Se debe desromantizar la labor de cuidado y darle el lugar que le corresponde. Es un trabajo.

A partir del libro cada persona debería hacer una reflexión profunda, tanto de las relaciones simbióticas entre madres e hijas, entre cuidadora y cuidada, sobre la situación de las personas con discapacidad y, por sobre todo, de las mujeres que la sociedad ha construido históricamente. Para hacerlas desaparecer y tener una nueva concepción de «ser mujer», más justa, más equitativa, que responda a las verdaderas capacidades y deseos de la mujer.

Referencias

Cea, F. (2022): *Historias de cuidadores: yo te cuido y me descuido*, Revista Ya, N°2003, p. 10-14.

De Beauvoir, S. (2021): *El segundo sexo*. Editorial De Bolsillo.

González, F. (2019): *Feminización del cuidado y personas con discapacidad*. Ministerio de Desarrollo social y Familia. Recuperado el 22/05/2022 de:

<https://www.senadis.gob.cl/descarga/i/6167>

Irigaray, L. (2010): *Ética de la diferencia sexual*. Ellago Ediciones.

Pino, C. (2022): *La construcción de mujer en «El aire que nos faltó» de Magdalena Salazar*.

Cuarto Literario. Recuperado el 29/05/2022 en: <https://www.cuartoliterario.cl/el-aire-que-nos-falto/>

Salazar, M. (2022): *El aire que nos faltó*. Editorial Emecé.

Wittig, M. (2006): *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Editorial Egales.